

Edmundo Gómez, el retornante¹



DANIEL GIL²

*El destiempo le duele en la sangre
Y otra vez vuelvo a encontrar
boliche viejo en tu ayer
lo que nunca volverá.*

Ignacio SUÁREZ

Hace muchos años, Felisberto Hernández, gracias a una gestión de Jules Supervielle, fue becado a Francia. Allí pasó cerca de un año. Un día mi padre, que no sabía que él había regresado, viajando en ómnibus por 18 de Julio, lo vio. Apresurado bajó en la primera parada y fue en su busca. Se abrazan y mi padre le dice:

—Sabés, Felisberto, te vi y pensé: ¡pero si Felisberto nunca se fue!

Y Felisberto, con esa gran carcajada que lo caracterizaba, le responde:

—Es que yo nunca me fui.

Pichuco Troilo, en una composición titulada *Mi barrio*, responde a un supuesto interlocutor que le reprocha que se fue del barrio. Con la voz cascada por las noches en vela, el alcohol y la coca, Pichuco dice que en realidad él nunca se fue y recuerda a sus amigos de la infancia y la juventud, los partidos de fútbol, las callecitas del barrio, «que tienen ese ¡qué sé yo!», las noches estrelladas. ¡¿Cómo le van a decir que se fue del barrio?! No, él nunca se fue.

Claro que hay maneras y maneras de irse. Juan Gelman decía, en un impresionante texto, que él era una especie de planta monstruosa que tenía su tronco, sus ramas y sus hojas en Europa y sus raíces en América.

1 Escrito en julio de 1999.

2 Miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. danielgilquinteros@gmail.com

Algo de esto pasa con Edmundo. Él mismo dice que yo permanecí en Uruguay y Marcelo volvió, mientras que él es el que siempre retorna.

Edmundo, como otros, es de los que siempre vuelven, o, tal vez, siempre están retornando de no irse jamás. Su condición no es la de los que se quedaron, tampoco es la de los que volvieron, como Marcelo Viñar, es la de los *retornantes*.

Por eso mi tarea de presentarles a mi hermano Edmundo tiene algo de absurdo o paradójico: ¿Cómo presentarlo si él siempre ha estado y está entre nosotros? Pero, al mismo tiempo, desde aquel terrible enero de 1976 está en París, sin haberse ido nunca.

Hay seres en nuestras vidas que no solo extrañamos y recordamos, sino que de pronto, sin saber por qué y sin aviso previo, caen en nuestros ensueños, en nuestros pensamientos, nos visitan, están allí, acompañándonos, siempre presentes, siempre fieles. Por ello el lector sabrá perdonarme que cuando hable de Edmundo, inevitablemente estaré hablando de mí, de mi relación con él.

Ni aun esos terribles años de la dictadura lograron que menguara nuestra amistad. Muy por el contrario. Yo desde aquí compartía las mateadas de Edmundo y Marcelo cuando en los días soleados paseaban por el Bois de Boulogne o al llegar los largos días grises del invierno parisino —esos que le aumentaban la nostalgia a Marcelo— «se reunían» por teléfono. Luego iban y venían cartas con los cuentos; como ahora Edmundo, desde Francia, comparte con Marcelo y conmigo nuestras charlas, nuestros proyectos, nuestros asados, nuestros trabajos. Sin que todo ello deje de tener una nota nostálgica, con toda la carga de su sentido etimológico, como bien señala Edmundo, de dolor por el deseo de regresar.

Regresar de ese exilio, que todos padecemos en el fondo de nuestro ser, regresar al barrio, a la tierra de uno, a la madre tierra, los padres fundadores, los cielos de la infancia, los primeros amores perdidos y anhelados, míticos siempre. Eso hace que el retorno, como acto concluido, sea imposible, lo que lo hace permanente, ya que se busca lo que no se tiene en algo que no fue. Por ello nuestras historias son siempre ficciones. Pero ¿acaso esto no es el deseo?

Eso aparece, expresado de una manera ejemplar, en el libro que ustedes tienen ahora entre las manos. En él, como en toda la obra de Edmundo, se

aprecia el trabajo interminable de elaboración, desde ese exilio fundante, originario, primordial, exilio engendrado por la palabra, o, mejor (con un término más caro para Edmundo), por la lengua, que nos separa, irremediablemente, de la Cosa, esa que la misma palabra engendra como mito desde su aparición. Este exilio es redoblado luego por aquellos otros exilios a los cuales la vida nos condena. Edmundo ha elaborado eso y con ello ha perlaborado su condición de humano doblemente exiliado. Nos entrega páginas maravillosas (no encuentro un adjetivo más justo), que nacen de una reflexión dolorida y dolorosa, de su experiencia personal como ciudadano y de su experiencia como psicoanalista, apoyadas, además, en su otro gran amor: la literatura. Basta leer este libro o *La place des mères* o *Fragments vers le natal*, su último trabajo publicado, para notar cómo los temas del dolor, la soledad, la literatura y el psicoanálisis, en Edmundo, no podrían vivir el uno sin el otro. Más aún, ni siquiera en aquellos trabajos que llamaríamos psicoanalíticos se deja de apreciar la fineza de una pluma que es envidia de todos nosotros, sus amigos.

Volvamos a los comienzos.

Conocí a Edmundo en el año 1958, militando por la aprobación de la Ley Orgánica de la Universidad. Allí surgió un grupo nuevo de estudiantes que recién ingresaban a la Facultad de Medicina. Grupo brillante constituido por varios afiliados al Partido Comunista o a la Juventud Comunista, otros próximos a ese partido, un blanco, varios excatólicos y un nuevo espécimen, un «católico de izquierda», lo que para aquella época era una especie de contradicción en el adjetivo: Edmundo Gómez Mango.

Al año siguiente se produjo, si mal no recuerdo, una huelga de la UTE, y se decretaron Medidas Prontas de Seguridad. La respuesta de la FEUU fue inmediata y decretó la huelga. La respuesta de la derecha no se dejó esperar y se citó a asamblea. En Medicina, como en toda la FEUU, los ánimos estaban caldeados. La concurrencia a la asamblea fue masiva, al punto que debió realizarse en el Salón de Actos de la facultad. En aquella asamblea intervinieron, probablemente por última vez en su condición de estudiantes, porque estaban ya próximos a recibirse, Pablo Carlevaro, Hugo Villar, Juan Carlos Plá. Recuerdo que la intervención de Edmundo fue brillante y nada tuvo que envidiar a la de aquellos «veteranos» fogueados en cientos de asambleas.

Fueron largas jornadas de militancia estudiantil jalonadas a lo largo de los años, tales como la lucha por el presupuesto, el apoyo a la joven Revolución cubana, la protesta por la visita de Eisenhower a nuestro país, el rechazo al asalto a la Universidad, y más tarde, ya en la escalada fascista, por la muerte de Líber Arce, entre otras. Época en que Edmundo era el director de *Noticias*, la revista del SMU. Testigo de aquella época es aquel viejo local de la AEM, en la calle Uruguay, donde funcionaba también la FEUU, y donde estaba un piano en el que, según la leyenda, Matos Rodríguez había compuesto *La Cumparsita* (¿a dónde habrá ido a parar?).

En todos esos años, de luchas e ideales, de corridas de la policía en manifestaciones no autorizadas —en que el riesgo era una mojadura, algunos gases lacrimógenos o un sablazo—, se fue forjando la amistad con Edmundo.

Al tiempo que él estudiaba Medicina, daba clases de francés en Enseñanza Secundaria y estudiaba literatura en el IPA. Cuando llegó el momento de preparar la jefatura de clínica, en los ratos libres o para despejar la mente, traducía y anotaba *Les fleurs du mal*, de Baudelaire, texto que aún se utiliza. Y, por si fuera poco, nunca faltaba a las reuniones que los domingos de mañana se hacían en lo del Mingo Bordoli, donde, entre mate y grapa, se hablaba de literatura. Narro esto como una pequeña muestra de la enorme capacidad de Edmundo y del espectro de intereses y pasiones que lo han acompañado toda la vida. No era entonces de extrañar que Edmundo se orientara naturalmente, dentro del campo de la medicina, hacia la psiquiatría y que estuviera «condenado» a dirigirse al psicoanálisis. Por ello culminó su internado en la Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina. Yo, aunque mayor, anduve más a los tumbos y demoré más en llegar a ello, motivo por el cual nos encontramos en el Hospital Vilardebó, Edmundo como interno y yo haciendo el posgrado. Fue un momento peculiar de la Cátedra de Psiquiatría. Fortunato Ramírez, el catedrático, era un impresionante psiquiatra con formación neurológica y psicoanalítica, quien, ya próximo a su retiro, no era mucho lo que andaba por las salas, aunque sus clases y ateneos eran memorables. Al mismo tiempo, grandes maestros, como Rodolfo Agorio y Jorge Galeano, se habían retirado, y el sector joven, entre los que se encontraban Juan Carlos Plá, Marcelo Viñar, José Luis Brun, Tomás Bedó, estaba haciendo su formación analítica y tampoco concurría. Con Edmundo nos encontrábamos en una especie de

páramo donde teníamos que revolvernos lo mejor que pudiéramos, inventando nuestro propio camino. Así, los sábados de mañana, con el hospital desierto, nos reuníamos con un grupo de colegas y leíamos *Les leçons du mardi*, de Charcot, los textos de Lasègue, las lecciones de Kraepelin, que traducíamos del francés Edmundo o yo. Hasta ahí podía acompañarlo, pero cuando nos internábamos en *Les contes drolatiques* de Balzac era Edmundo el que se encargaba de todo.

Un momento fundamental en nuestra formación y amistad comenzó un día, cuando haciendo la visita de sala, en ese desamparo al que ya estábamos habituados, nos encontramos con una paciente que empieza a relatar su sufrimiento diciéndonos que estaba «naufragada en vida». Nuestro asombro fue enorme no solamente porque estábamos ante un delirio de negación, que no habíamos visto nunca, sino por la impresionante metáfora con que expresaba su dolor. Correr a leer el estupendo estudio de Henry Ey y empezar a hacer un trabajo sobre el tema fue una sola cosa. La jornada del sábado entonces se extendió a la tarde, cuando seguíamos trabajando, entre los juegos de mis hijos, y leíamos desde psiquiatría y psicoanálisis hasta filosofía, antropología, historia de las religiones, pasando, obviamente, por la literatura. Descubrimos a George Simmel, a Paul Lansberg, Edgard Morin, Eugen Minkowsky, transitamos una y otra vez por Freud y volvimos a Montaigne y Tolstoi. El trabajo titulado «El yo, el cuerpo, el alma, el mundo y la muerte» lo incluí luego en mi libro *La vida, la muerte y la pulsión*. Aún hoy, pasados ya veintiocho años, lo miro con cariño, más que por su valor, del cual creo que no nos avergonzamos, por lo que significó en nuestra formación y amistad.

Ya estábamos en los comienzos de la década del setenta cuando Edmundo, ya casado con Assia Viera, consigue una beca, de 1972 a 1973, para la clínica de Daumezon en París. Durante ese año se produjo, bruscamente, la muerte de su madre, a la cual Edmundo no pudo asistir, pero allí estuvimos todos sus amigos, llevándolo a él con nosotros.

A su retorno ya se había producido el golpe de Estado.

Se presenta al concurso para jefe de la Clínica Psiquiátrica, cargo al que accede en primer lugar.

Pero en esa época la espiral de la violencia ya se había desatado irrefrenable y las fuerzas más retrógradas llevaban adelante el proyecto de

avasallamiento de las instituciones. Fueron años difíciles, terribles, los que empezábamos a vivir, pero aun así, y sin evadir los compromisos que cada cual decidió asumir, seguimos trabajando, atendiendo a nuestros pacientes, estudiando y cultivando la amistad.

Así siguieron nuestras vidas hasta aquellos terribles enero y febrero de 1976. Estábamos de vacaciones en Rocha cuando sin querer creerlo nos enteramos de que Marcelo y Maren se habían ido. Cuando se lo comunicamos a nuestros hijos, Juan Pablo abrió desmesuradamente los ojos, que se le llenaron de lágrimas, y Gabriela lloró desconsoladamente sin poder aceptar la partida de aquel padrino que ella misma había elegido. El dolor nuestro se redobló cuando al llegar a Montevideo nos enteramos de que también Edmundo y Assia se habían tenido que ir. Años de dolor, de exilios de ellos y nuestro, pero las cartas erigían puentes infinitos e indestructibles.

Edmundo tuvo que retomar su formación analítica en París y lo hizo en el marco de la Association Psychanalytique de France, de la que hoy es miembro titular y en cuyo marco dicta seminarios.

Además de la práctica psicoanalítica, ha trabajado en el Centre Minkowska casi desde su llegada. Este centro se dedica a la atención de emigrantes del Tercer Mundo, en los cuales se suma al exilio económico la persecución política. Desde esa práctica Edmundo ha elaborado varios trabajos de fundamental importancia sobre el exilio y el lugar de la palabra.

Ha sido colaborador de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* y hoy pertenece al comité de redacción de la revista *Le fait de l'analyse*, en la que se publican muchos de sus trabajos.

A esto hay que agregar su labor periodística que podemos disfrutar en los artículos que ha escrito, de los cuales quiero evocar «París era una huelga», publicado en *Noticias* del SMU, y los del semanario *Brecha* sobre la exposición de Cézanne, el homenaje a Lévi-Strauss y el más reciente, en que reflexiona sobre la guerra de Kosovo.

Todo lo ha hecho desde Francia, que ha sido para él no solo el país de una cultura en la que en buena parte se formó, sino también el país que lo recibió, lo cobijó, lo salvó de la cárcel. Y no solo eso, Francia es, desde 1976, su hogar. Allí vive, trabaja, escribe. Allí nacieron sus hijas Casilda y Guiomar.

El tiempo pasó y volvió la democracia. Para bien o para mal, algunos tenían el firme propósito del retorno, y tenían la ilusión de un desexilio, cuando no hay un *des* que anule al exilio, como ha dicho Edmundo. Para otros la resolución no era tan sencilla, desgarrados entre los viejos y los nuevos amores. Edmundo, luego de una prolongada elaboración, resolvió quedarse, pero sin sentirse ya «una planta monstruosa».

Por eso tiene esa extraña y poco habitual condición de retornante, que no es la de un alma en pena, sino, muy por el contrario, la de un alma viva y vivificante.

Por eso nadie se extraña cuando Edmundo retorna y fielmente visita la casa de la calle Demóstenes, donde nació, donde murieron su padre y su madre, y se da una vuelta por El Caburé, el restorán donde su padre, todos los sábados, se reunía con amigos.

Por eso nadie se asombra si lo ve entrando en un boliche, de esos que van quedando pocos y que frecuentábamos en nuestra juventud, con un libro en la mano y su gorra de vasco en la cabeza, y vuelve a oír los versos, nostálgicos y melancólicos, de Ignacio Suárez y la música de Yamandú Palacios. Si el lector me lo permite, dejo a Edmundo para que los lleve al otro Edmundo, «el otro en París»:

Otra vez los boliches nocturnos,
amarillos de sueños perdidos,
quinieleros de suertes extrañas,
opacados en humos y vino.
Viejas radios rezongan canciones
y un Gardel arrullando su trino,
y en la mano madera de un tango
un borracho camino al ayer.

Desgastadas paredes que miran
sin fervor, sin asombro, las cosas,
por el ojo de buey descordado
de un reloj que hizo el tiempo y murió.
Opacados espejos que imitan
otra vida mejor o la misma,

marionetas de pan en la niebla
tras un sol empañado de alcohol.
El boliche conversa en silencio
sus palabras de vino y tabaco,
cuando llueven las sombras florecen
desolados versos de papel.

Los amantes se buscan el alma,
naufragados de ausencias preguntan,
el destiempo les duele en la sangre,
laberinto de mar el amor.
Y otra vez vuelvo a escuchar,
boliche viejo en tu ayer,
lo que nunca volverá.

IGNACIO SUÁREZ

Así transcurre la vida, y si bien con Edmundo y Marcelo no somos, como en el tango de Cadícamo, el trío más mentado que pudo haber caminado por esas calles del sur ni nos estamos esperando en la esquina de Suárez y Necochea, siempre habrá una esquina, un libro, una cantata de Bach o uno de los últimos *lieder* de Strauss, un ideal, una pasión que nos siga hermanando más allá de la distancia y el tiempo. ♦